

LO QUE SIGNIFICA SER UN SANTO

élder William G. Bangerter
de la Presidencia del Primer Quórum de los Setenta



Un santo es alguien que se dedica y consagra a seguir a Cristo con la mira de alcanzar la vida eterna.

Quisiera hablaros sobre lo que significa ser un santo. Algunas personas nos llaman mormones. Otros dicen que somos una secta o un culto. Nosotros nos llamamos santos. ¿Qué significan estas denominaciones?

Un mormón es cualquier persona miembro de nuestra Iglesia.

Una secta es un grupo de personas que siguen ciertos principios o doctrinas. Los primeros discípulos de Cristo fueron denominados una secta.

Un culto es un sistema particular de veneración religiosa con que se rinde honor a una persona.

Un santo es alguien que se dedica y consagra a seguir a Cristo con la mira de alcanzar la vida eterna.

En el fondo no objetamos a ninguno de esos apodos; sin embargo, todos pueden ser insultantes cuando se usan con esa intención.

Muchos miembros de la Iglesia se ofenden cuando la gente los usa para ridiculizarnos. El poner sobrenombres a las personas para burlarse de ellas es una antigua táctica infantil, y como ellos mismos dicen, "a palabras necias, oídos sordos".

No tiene importancia lo que la gente mal educada llama a nuestra Iglesia y a sus miembros. Insultar y burlarse de las demás religiones en todas las épocas ha sido un pasatiempo de los que profesan ser devotos. Las palabras hereje, blasfemo, fanático, judío, hipócrita e idólatra, han estado todas en boga.

Lo que realmente importa es lo que nosotros mismos creemos, lo que hacemos y principalmente, quiénes somos. Si nos preguntan "¿Es usted un cristiano renacido?", tendríamos que responder que no, en el sentido de que no creemos que "confesar a Cristo" sea el único requisito para la salvación. Pero, si consideramos la expresión desde un punto de vista literal y doctrinal, la respuesta sería afirmativa.

Un vecino nuestro, el hermano Bria, converso a la Iglesia, estaba ayudando una vez a los presos como trabajador social, cuando un joven prisionero empezó a mostrar interés en el evangelio. Su padre, un ministro de otra iglesia, al visitar al joven se alteró mucho porque su hijo estaba estudiando la doctrina mormona; le enojó más esto que el hecho de que su hijo estuviera en la cárcel.

El hermano Bria le preguntó al padre por qué se sentía tan perturbado, a lo que le contestó: "Ustedes no son salvos".

"¿Por qué dice eso?", le preguntó el hermano.

"Porque ustedes no han aceptado a Cristo como su Salvador, y no han nacido de nuevo en Cristo."

El hermano Bria le respondió: "Permítame explicarle; quizás nosotros no lo expresemos de la misma manera que usted, pero por cierto creemos en la salvación literal por medio de Jesucristo; lo hemos aceptado como a nuestro Salvador, hemos tomado su nombre y hemos nacido de nuevo por causa de Él".

Como Pablo dijo: "Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva" (Romanos 6:4; cursiva agregada).

Los miembros de la Iglesia deben saber que han nacido de nuevo y han sido "redimidos por Dios", para que, tal como el profeta Alma dijo: "seáis contados con los de la primera resurrección, para que tengáis vida eterna" (Mosíah 18:9).

El rey Benjamín dijo: "Ahora pues, a causa del convenio que habéis hecho, seréis llamados progenie de Cristo, hijos e hijas de él, porque he aquí, hoy él os ha engendrado espiritualmente; pues decís que vuestros corazones han cambiado por medio de la fe en su nombre; por tanto, habéis nacido de él y habéis llegado a ser sus hijos y sus hijas" (Mosíah 5:7).

Si entonces creemos que nacimos otra vez por haber tomado sobre nosotros el nombre de Cristo, debemos preguntarnos: "¿Lo reflejan nuestras acciones?"

Un santo es alguien que se dedica y consagra a seguir a Cristo. Esta es la meta de los Santos de los Últimos Días.

Ahora cabe preguntarse, "¿Somos perfectos?" Como respuesta quisiera relatar lo que le sucedió a un discursante que pidió a la congregación: "Si alguno de los presentes es perfecto, sírvase ponerse de pie". Un hombre se paró y el discursante le preguntó: "¿Realmente piensa usted que es perfecto?"

A lo que el hombre respondió: "No, yo no. Me paré como representante del difunto marido de mi esposa, que debe de haberse ganado el cielo."

Muy pocos miembros de la Iglesia dirían que son perfectos a pesar de que ésta siempre debe ser nuestra meta. Lo que hacemos es esforzarnos con fe y devoción en el camino hacia la perfección para así alcanzar la vida eterna.

Hay muchas formas de ser imperfectos. Después de un largo sermón de amonestaciones, el rey Benjamín dijo: "Y por último, no puedo decirlos todas las cosas mediante las cuales podéis cometer pecado; porque hay varios modos y medios, tantos que no puedo enumerarlos. Pero esto puedo decirlos, que si no os cuidáis a vosotros mismos, y vuestros pensamientos, y vuestras palabras y vuestras obras, y no observáis los mandamientos de Dios ni perseveráis en la fe de lo que habéis oído concerniente a la venida de nuestro Señor, aun hasta el fin de vuestras vidas, debéis perecer. Y ahora, ¡oh hombre!, recuerda, y no perezcas" (Mosíah 4:29-30, cursiva agregada).

Las imperfecciones que todavía nos abruman requieren que nos arrepintamos continuamente, además de habernos arrepentido antes de bautizarnos. Debemos prestar tanta atención a las exhortaciones delicadas como a las amonestaciones severas.

Al final de la Conferencia General de octubre de 1975 el presidente Spencer W. Kimball dijo: "Mientras me encontraba sentado en el estrado, tomé la determinación de que cuando regrese a mi hogar tras la finalización de esta conferencia hoy, habrá muchos, muchos aspectos en mi vida que puedo perfeccionar; he hecho una lista mental de los mismos, y espero ponerme a trabajar tan pronto como esta conferencia termine" (Liahona, febrero de 1976, página 95).

Esta etapa de nuestra vida eterna, la vida mortal, es un período de prueba. Nosotros quisimos tener esta experiencia antes de venir a este mundo. Ahora estamos embarcados en este estado de probación "y con esto los probaremos [dijo el Señor], para ver si harán todas las cosas que el Señor su Dios les mandare" (Abraham 3:25).

Muchísimos miembros de la Iglesia en todo el mundo están haciendo las cosas bien y toman en serio su período de probación. Han establecido hogares dignos y felices en donde los niños crecen "en el conocimiento y amonestación del Señor" (Enós 1). El himno que les sirve de lema es "Cuando hay amor". Se esmeran por tener noches de hogar, estudiar las Escrituras, asociarse en las reuniones con sus hermanos de la Iglesia, pagar los diezmos, prepararse para una carrera y servir en una misión, siempre teniendo como mira el templo.

Esto es muy diferente que "confesar a Cristo" como el único requisito para la salvación. Los santos toman literalmente la parábola del capítulo 25 de Mateo sobre el día del juicio. Se ayudan unos a otros así como a los pobres y necesitados; y por eso se encontrarán a la diestra de Dios. No importa quiénes seáis o qué penséis, Dios ha establecido ciertas condiciones o requisitos para volver a su presencia. "Y a los que guarden su primer estado les será añadido . . . y a quienes guarden su segundo estado les será aumentada gloria sobre su cabeza para siempre jamás" (Abraham 3:26).

Los santos continúan más allá de una vida digna para entrar en los convenios y recibir las ordenanzas del evangelio, los que se enseñan y se administran por medio de los siervos autorizados de Él por el poder del santo sacerdocio. El santo sacerdocio no es fabricado por el hombre. Las ordenanzas y los convenios pertenecen a ese sacerdocio. Además del bautismo, sin el cual el Señor dijo que no podríamos entrar en el reino de Dios (véase Juan 3:5), existen otros dones y bendiciones que se reciben en el templo. Allí hacemos convenios solemnes con Dios. Por medio del sacerdocio recibimos las ordenanzas que nos acercan al velo y nos permiten entrar otra vez en Su presencia.

Las ordenanzas, por supuesto, no nos hacen santos automáticamente si no cumplimos con nuestras acciones. Pero incluso los santos no tienen el poder de

volver a la presencia de Dios sin la expiación infinita de Cristo. Es por eso que hacemos convenios.

En este segundo estado, ¿es nuestra perspectiva de corto plazo o eterna? El élder Spencer W. Kimball, entonces miembro del Quórum de los Doce, nos hizo este relato en 1968: "Un día un amigo me llevó a su hacienda. Abrió la puerta de un automóvil grande, se deslizó tras el volante y con orgullo me dijo: '¿Te gusta mi auto nuevo?' Nos dirigimos rodeados de gran comodidad . . . a una casa de hermosos jardines, y me dijo otra vez todo orgulloso: 'Esta es mi casa'. Condujo hasta la cima de una verde colina. El sol se ocultaba a la distancia. Recorrió con la vista su vasto dominio . . . y, señalándolo todo, dijo jactándose: 'Desde la arboleda hasta el lago, y desde la escarpadura hasta los edificios de la estancia -todo es mío . . .

"Años después lo vi ya muerto", dijo el presidente Kimball, "entre lujosos muebles en una casa palaciega. Sus posesiones habían sido muchas . . . Hablé en su funeral, y seguí el cortejo fúnebre . . . hasta su tumba, un pequeño rectángulo de dos metros de largo por uno de ancho.

"Ayer volví a ver sus tierras, doradas por el trigo, verdeando con la alfalfa y blancas por el algodón, indiferentes a la ausencia de quien ostentaba ser su dueño." (Improvement Era, junio de 1968, págs. 81-82.)

La tierra es del Señor; nosotros solamente somos los mayordomos.

Algunos de los que han hecho el convenio no lo toman en serio. Han recibido el bautismo por formulismo y no como un convenio, y raras veces participan de la Santa Cena. Los santos, en cambio, lo toman en serio. Las ordenanzas del sacerdocio y los convenios que hemos hecho en el templo nos conducen hacia la vida consagrada que Dios espera de los que han tomado el nombre de Jesucristo.

En un discurso que pronunció en Logan, en 1984, el presidente Ezra Taft Benson enseñó que a Adán y a su posteridad se le había mandado "entrar en el orden del Hijo de Dios". Entrar en ese orden, dijo, "es lo que equivale hoy en día a recibir la plenitud del Sacerdocio de Melquisedec, lo que sólo se puede hacer en la Casa del Señor" (Ensign, agosto de 1985, pág. 8).

"Porque sin esto, ningún hombre puede ver la faz de Dios, sí, el Padre, y vivir." (D. y C. 84:22.)

Ruego que los santos acepten este sacerdocio, reciban sus ordenanzas y guarden los convenios. Lo ruego por medio de Jesucristo. Amén.